

## Así de sencillo

José Kozer

Le impresiona ver crecer la hierba, abrirse una amapola.

Y no es para menos: todo el Orbe concurrir.

Ryokan se enfunda en su capa raída, roca despacio, mineral  
inmanente.

Oye deambular: fuera de la propia postura, y del destartelado  
chamizo donde pasa el  
invierno presente de su  
edad propecta.

Adentro teje (interior) una araña: algo cercano mas no visible  
se desmenuza. Alas  
(polvillo) membranas:  
la viruta tal vez de una  
sombra. Afuera, alta la  
hierba, señal de calor,  
se abrieron unos crocos  
morados, por seguro  
que el invierno acabó:  
ahora es que escucha  
el golpe seco de unos  
carámbanos, y ve  
amapolas (abiertas):  
se sitúa de espaldas.

Canta, canta con rigurosa concentración, el asidero de una canción  
plebeya ajena a los sutras,  
oda de la comunidad, allá  
abajo. Se arrebujá más, en  
la capa plagada de zurcidos,  
en el cuerpo magro cual  
piedra inamovible,  
costurones, seco manadero.  
La letra de la canción,  
hacia adentro, abajo, más  
abajo (adentro) crece la  
hierba mala (no hay tal  
cosa) hierba cana y  
pangola, una hierba

mineral abriendo paso a  
 la verbena, a un campo  
 tocado de blancas  
 amapolas, una amapola  
 roja acullá: Ryokan se  
 sobreexcita, la belleza,  
 la belleza (se ruboriza)  
 contrición (se reconcentra)  
 canta (canta) cata letra a  
 letra la letra de la canción  
 (calla hace una hora).

Sólo ahora puede salir para perderse entre los últimos vestigios de  
 la escarcha (resquebrajarse)  
 mendigar (cuesta abajo).  
 Alumbrado o no hay que  
 comer. Un té de saúco,  
 una torta de arroz, jugar  
 a las prendas, a ver quién  
 trae la mejor ofrenda a  
 Sakyamuni (la peste el  
 último, y a la desbandada).  
 Desde un escondrijo  
 Ryokan observa a los  
 arrapiezos jugar sin salir  
 de sus criaturas. Sakyamuni.  
 Un gajo de tomillo, una  
 china pelona, una varilla  
 de metal: flor de juncia,  
 dos cocuyos apacibles en  
 un pomo.

Ryokan sale de su escondite. Ahora le toca a Ryokan: le hacen corro,  
 se desgañitan (rechiflas, lo  
 azuzan). Silencio. La hierba  
 calla, la amapola se inclina,  
 se desvarilla el metal, la  
 piedra cabrillea: Ryokan  
 avanza hacia Sakyamuni  
 remedando a un oso  
 ladeándose (a punto de

desplomarse) recupera  
el equilibrio: se vuelve  
a ladear a poniente, se  
abisma y recupera el  
equilibrio (la hierba  
por un instante deja de  
cundir) se desembaraza:  
dos venias de Ryokan,  
entrega primero en el  
cuenco de las manos,  
y luego cual si llevara  
un canasto entre los  
brazos abiertos de par  
en par, dos veces (2)  
la misma cantidad.